

6. SÓTANO DE INDIOS

“Muchos documentos hay en la historia de México cuya sola lectura hace que suba a la cara el rubor de vergüenza. Afirmando sin temor a equivocarme que de todos esos documentos el más vergonzante es el Tratado McLane-Ocampo. Por eso los escritores oficialistas lo ocultaron siempre, o trataron de restarle importancia y a veces hasta llegaron al absurdo extremo de negarlo. En virtud de ese abyecto documento Juárez cedía a Estados Unidos el derecho de paso, a perpetuidad, por el istmo de Tehuantepec. Eso era lo mismo que enajenar esa porción del territorio nacional. Cedía también el mismo derecho de paso, también perpetuamente, desde Camargo, matamoros “o cualquier otro punto sobre el Río Grande” hasta Mazatlán, pasando por Monterrey, y desde Nogales hasta Guaymas pasando por Magdalena y Hermosillo. Obviamente otorgar ese derecho de paso equivalía a entregar los territorios comprendidos entre estos puntos, pues nunca nadie podría ya impedir a los norteamericanos el paso por ahí. Además de eso, México se comprometía -¡el colmo del entreguismo y la ignominia!- a aportar tropas para proteger el tranquilo paso de los americanos por las rutas acordadas. No obstante, lo cual los yanquis se reservaban el derecho de introducir tropas en territorio de México para protección de sus intereses.

A cambio de todas esas concesiones, los norteamericanos se obligaban a pagar cuatro millones de dólares. Sin embargo -sigue la ignominia- se reservarían dos millones como garantía para el pago de los daños que sus nacionales pudieran sufrir al paso por territorio de México. Bien dijo don Justo Sierra a quien nadie podrá tachar de conservador: se estaba vendiendo la libertad de los mexicanos por dos millones de dólares. Ni siquiera -siguen las vergüenzas- recibió Juárez esa cantidad. La dejó en Estados Unidos en pago de la “protección” que su gobierno recibiría de los yanquis. Lo que le importaba a don Benito era triunfar en su lucha contra los conservadores. Por eso, necesitaba ciertamente la ayuda de Estados Unidos, pues Miramón había vencido a las fuerzas liberales en todos los terrenos. A fin de obtener la ayuda estadounidense no dudó Juárez en comprometer gravemente nuestra soberanía.

Añadamos a toda esa carga de vergüenzas una más. Había que dar forma jurídica y diplomática a la protección que Estados Unidos daría al gobierno de Juárez y a la ayuda que le proporcionarían para vencer a Miramón. Ocampo en acuerdo con Juárez, firmó por aparte otro convenio con McLane: si uno de los países firmantes del Tratado no podía cumplir sus estipulaciones por problemas dentro de su propio territorio, podría pedir ayuda al otro país para mantener el orden y la paz, y poder así llevar a cabo los acuerdos firmados. Dicho de otra manera: como el gobierno de Juárez no estaría en plenitud de cumplir el Tratado McLane-Ocampo por estar los conservadores en el poder, el gobierno mexicano (es decir Juárez) podría solicitar la ayuda. “América para los norteamericanos” -comenzó de inmediato a obrar contra Miramón. Estados Unidos sintió que sus intereses presentes y sus ambiciones futuras en relación con México estaban amenazados por la que pensaron era una inminente intervención de España, y Washington se dispuso a actuar en consecuencia”

NAIPES DE POLVO: Páginas 228-231

La figura de Benito Juárez, indio puro, es el símbolo más representativo en nuestra historia de un nuevo tipo de hombre integrándose al espeso estrato impuesto a sus antepasados y en quien sus circunstancias, su naturaleza, inteligencia sutil con *tempo mesoamericano* le permitió escalar, descollar y llevar a cabo lo que José Fuentes Mares llama como la verdadera independencia de México a la promulgación de las Leyes de Reforma.

En ese sentido, es innegable que es el artífice del estado laico mexicano -que no es poca cosa- aunque haya sido para derrotar a Maximiliano a cambio del apoyo a su gobierno en condiciones casi igualmente opresoras de los Estados Unidos que eventualmente permitió la extirpación del poder *fiscal* y la influencia *política* ejercida desde ultramar -el Vaticano- actuando en un supuestamente México independiente desde cuarenta años atrás. ¿Será que en el ánimo racial de Juárez -zapoteca- dominaba la profundidad instintiva de actuar semejante a

la de los tlaxcaltecas que se sumaron al conquistador para librarse del yugo azteca, impulso que en forma inmediata –como le sucedió a los tlaxcaltecas- le quitaba un opresor, pero que pronto dejaría a México enganchado al Destino Manifiesto gringo? ¿Será que su figura expresaba la victoria silente de un pueblo con memoria colectiva sobre una sociedad racista, clasista, dogmática y depredadora tributaria de un estado extranjero, instinto que nunca dejó de conducir su *tempo* mesoamericano? En todo caso, quiso el azar que el destino personal de Benito Juárez haya sido el de México, el de entonces y el de hoy. Tal condición anímica y racial sería la que desenterró el *funcionamiento instintivo* de la revolución –contra conquista- de Emiliano Zapata que ensayamos más adelante.

Mirado a la distancia y en su contexto vital, no luce descabellado aventurar que Juárez, actor descollante en un siglo de vende patrias, al igual que tzotziles, lacandones, huicholes, otomies, juchitecos, chiricaguas y muchos otros que hoy preservan sus “usos y costumbres” anteponiéndolas a la Constitución Mexicana, nunca se despojó de su ánimo racial. Sabido es que el de Guelatao vivió hasta su muerte en el sótano de Palacio Nacional rodeado por familia y allegados, todos ellos zapotecas puros, quienes seguramente hablaban entre ellos en zapoteco.

¿Mexicano? ¿De cuáles?

Como en buffet, hay para escoger.

Pie de página 244